

Alberto Dallal

Las cartas



I

—¿Tú crees que Elena es hermosa? —me preguntó Nadia una noche, mientras esperábamos en mi habitación a que mi madre nos llamara para bajar a cenar. Me limité a mirarla, sin sonreír, aunque su pregunta me había llenado de gozo. Nadia siguió hojeando la revista que tenía entre las manos; yo la contemplaba desde un lugar cercano a la ventana. Sentada al borde de la cama, con la revista sobre las piernas, parecía desear que mi respuesta surgiera del fondo de las letras impresas.

Al percibir mi silencio, volteó a verme. Desde un mes atrás me buscaba con febril constancia, sorprendiéndome, a veces, su interés desmedido por estar a mi lado. Yo sabía cuál era la causa de su nueva actitud, pero fingía no darme cuenta: me sentía dichosa.

—Elena no te comprende. Me habla mal de ti. No es la única, pero jamás esperé eso de ella.

—¡Oh, no me importa!

Mi amiga me siguió mirando emocionada. Después bajó la vista para ocultar su admiración. Era fácil adivinar en qué pensaba. Mis ojos buscaron la calle, su monotonía, los detalles íntimos que se repetían en cada uno de los edificios. No hubiera sabido cómo negarme a dejarla leer las cartas de Sebastián, lo cual ya me había pedido anteriormente. La curiosidad por conocer mi mundo, desde que había notado la preferencia que el doctor Kerr mostraba por mí, parecía llenarle la cabeza. Y esto, aunque me halagaba, me hacía dudar. De pronto era yo una persona importante; en mí se concentraba la atención de muchos estudiantes. Experimentaba la sensación del asesino, quien de la noche a la mañana, cuando su retrato aparece en los periódicos, se convierte en un pretexto para que la gente no piense en sus propios problemas.

—¿Te han dicho lo que suele hacer Elena?

—No sé si deba decírtelo. Es increíble.

—No —contesté. Lo que dijo después no me produjo ninguna sorpresa.

Lo que hiciera Elena, me tenía sin cuidado. Además cuando se trataba de acaparar la atención de los muchachos, Nadia era una hermana para Elena, aunque la mayoría de las veces su alianza terminara en el escándalo; ninguna de las dos, sin querer prescindir de su malévolo exhibicionismo, lograba permanecer fiel a la otra.

—Antes yo creía que Elena era maravillosa porque trataba bien a los demás sin exigirles demasiado. Me hice su amiga casi inmediatamente después de conocerla. Cuando comenzamos a andar juntas, Elena no sabía vestirse correctamente. Yo fui quien le explicó la forma en que debía combinar las piezas y los colores, quien le dijo cómo llevar el sombrero y cómo caminar. Captó tan bien mis enseñanzas, que a las tres semanas Mauricio comenzó a fijarse en ella y al mes se hicieron novios. Tú conoces los problemas que vinieron después. Todos los miembros de la familia de Mauricio hicieron lo posible por molestar

a Elena y ella no pudo hacer nada para defenderse. Yo ya la había prevenido. El círculo de los judíos es demasiado estrecho. Mauricio y Elena aún se vieron varias veces en mi casa y te puedo asegurar que la pobre se sintió muy desdichada cuando él decidió obedecer las órdenes de sus padres. Dos semanas me dediqué a consolarla y explicarle que aquí estas cosas suceden muy a menudo, sobre todo porque los judíos no han abierto su propio instituto. Pues bien: a los pocos días, Elena se sintió repuesta del susto, tanto que fue con sus padres y les explicó lo que había sucedido. Luego comenzó a cambiar de actitud conmigo, como si yo hubiera sido la culpable de todo. Sentí una gran tristeza cuando vino a avisarme que jamás me dirigiría la palabra y que su madre le había dicho que se cuidara de mí. Me conoces, Ana; sabes cómo llego a querer a las buenas amigas. Tal vez no soy tan inteligente como tú, que no te importa nada cuando decides hacer algo. Pero yo... soy menos firme. Soy una sentimental. Como si siempre me hiciera falta una amiga y no pudiera vivir sin aconsejarla y decirle lo que tiene que hacer.

Sonreí para que se diera cuenta que la comprendía plenamente y de que aquellas explicaciones salían sobrando. Sus ojos brillaron agradecidos y extendió la mano para hacerme sentar junto a ella. Sin soltarme, prosiguió la perorata:

—A la pobre le fue mal. No quiero pensar que por no haber permanecido a mi lado. Tú la conoces también. Es feliz si alguno la mira y le dice unas cuantas palabras de cariño. En el fondo, la agobia la soledad, pues ni sus padres se acercan a ella como debieran. Amigas no tiene. Vi cómo se iba perdiendo en aquel camino que sus desmedidas ansias le señalaban. Tú y yo sabemos que ese camino es el equivocado.

Se quedó callada porque acababa de hacer un descubrimiento. Miré sus atractivos ojos desiguales; me daba gusto no tener que decir nada para que comprendiera. Pensé si la complicidad del silencio llegaría a interesarle tanto como a mí o si me vería obligada a decirle todo, a pedirle todo para que fuera sincera. Temí que soltara mi mano o que en aquel mismo instante nos llamara mi madre.

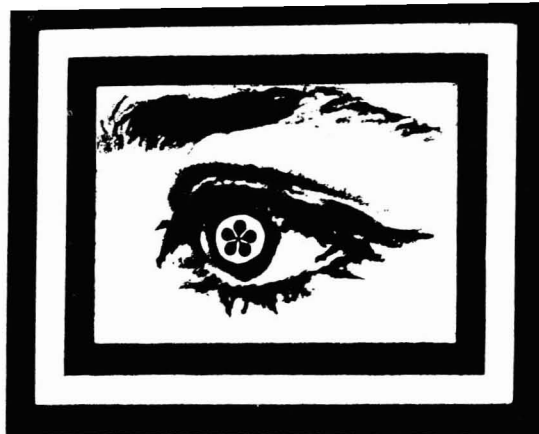
—Pero Elena es diferente: ha entregado demasiado de su tiempo a los aspectos más estúpidos de la existencia. Se pasa las tardes enteras tratando de hacerse atractiva. Va de un lugar a otro. Coquettea. Acepta invitaciones, creyendo que todos los muchachos valen la pena. Quisiera decirle que si conoces a una persona que te comprende, te vuelves atractiva en seguida. Mucho podemos hacer cuando estamos solas: es necesario estar preparada; pero todos los planes se vienen abajo si no sabes cambiar de táctica.

Se levantó intempestivamente para ilustrar lo que decía. Inquietada, miró hacia el suelo, recorriendo con la vista el vestido azul que llevaba puesto.

—Hay algunos que ni siquiera se fijan en la forma como vas vestida. ¿De qué sirve perder el tiempo en eso cuando vas a salir con alguien que solamente se interesa por las comidas?

Después extendió el brazo, blanco y delgadísimo, y dijo:





—A veces le he pedido sus joyas a mi madre. Para una cena con Jorge, por ejemplo. Llevaba tres pulseras de oro y él ni siquiera las vio. Nos pasamos la noche hablando de la gente.

Se acercó a mí, como si las palabras hubieran podido adquirir más valor acompañadas de su aliento y dijo mirándome fijamente:

—Elena no comprendería todo esto que te digo. Para ella es igual Mauricio que Jorge. No tiene una personalidad propia. Cree que domina la situación, pero se cohibe en cuanto alguien le hace una pregunta inesperada.

Se alejó otra vez. Creí que se olvidaba de mí.

—Oh, yo sé que no siempre puede una tener la respuesta para todo, que hay personas que son más listas que las demás. Pero no puedo imaginarme a Elena sosteniendo una conversación en la que no se adivinen sus pensamientos más íntimos. Así es como se aprovechan de ella. No permanece ni un minuto a solas. Teme sacar sus propias conclusiones. Ayer, en el instituto, la vi cuando se acercó a la puerta y comenzó a rascar la pintura con la uña. Sin poder disimular su excitación, me pidió un libro y se puso a hojearlo. Yo sé que a Elena no le gusta leer. Después me hizo preguntas sobre una clase que, según me explicó, no había entendido. En realidad quería quedarse cerca de la puerta para que se fijaran en ella. Trato de ayudarla en lo que puedo, a pesar de las frases hirientes que me lanza. Guardo sus secretos como si fueran míos. Pero ella habla con la mayor ligereza de mis confidencias y no le importa criticar a las demás en voz alta. De ti dice horrores y menciona al doctor Kerr.

Se acercó nuevamente y me acarició la mejilla. Su voz se hizo grave.

—No creo nada de lo que dice —me aseguró tiernamente.

Yo no tenía ninguna intención de aparentar ingenuidad, pero su anterior exaltación me había dejado muda.

—Dice de ti las cosas que ella hace. Se deja acariciar demasiado y en el campo se ha desnudado por completo, delante de Mauricio. Sabe muy bien en qué punto debe detener su atrevimiento, pero muy pronto va a sufrir las consecuencias. Jamás calcula los pasos que ha de dar.

La mirada de Nadia volvió a hacerse inteligente, desapareciendo aquel terrible enojo que le había dibujado dos significativas arrugas en la frente. Volvió a ser la dulce Nadia que me convenía.

—No te enfades conmigo. No me gustan estas cosas, te lo aseguro.

Suspiré profundamente y me acerqué a ella, abrazándola. Sin decir nada, saqué un paquete de cartas y las coloqué encima de la cama. Estaban sujetas con una goma. Ninguna de ellas había sido leída dos veces. Nadia tomó mi mano y la acercó a su mejilla, después la besó repetidas veces. Casi en un murmullo repitió mi nombre. A punto de llorar me preguntó si estaba enamorada.

—Sebastián me importa mucho —dije.

Pero su prisa por leer las cartas no le permitió dedicarme más gestos de ternura. Se sentó en la cama y deshizo el paquete, volteando a mirarme sólo por hacer un movimiento protocolario; sus ojos ya no volvieron a ser tiernos en toda la noche. Hube de disfrazar mis ansias por comunicarme con ella, por llegar al pozo profundo de sus maquinaciones, por confiar en alguien más, por dominar una situación con todos los medios a mi alcance. La hermosa Nadia, cuya belleza me hubiera hecho sentir feliz, se buscó a sí misma en cada una de las frases escritas por Sebastián. Logró apoderarse de las palabras que iban dirigidas a mí.

Cuando al fin no pude soportar más el nuevo destello de sus ojos, me acerqué otra vez a la ventana, conteniendo mi frustración en la lentitud de mis pasos. Le dije:

—Cómo perdemos el tiempo, Nadia.

En ese momento, definitivamente tarde, escuché la voz de mi madre que nos llamaba a cenar.

II

—No quiero causar molestias —dije.

Nadia había dejado de cantar para preguntarme si quería ir con ellas en las vacaciones.

—¿Para eso me llamaste?

—No. Pero me gustaría que vinieras con nosotras.

Se veía contenta. En unas cuantas horas más iba a estar lejos de ese mundo que la aburría y que no la dejaba ser ella misma: su recámara, siempre en orden; su padre, un burócrata; su hermano, que apenas se atrevía a mirar a las amigas de Nadia. Todo esto le impedía entregarse a la despreocupada tarea de explotar su hermosura y su ligereza. Deseaba ardientemente, aunque aparentara no hacerlo, que alguien la amara sin contratiempos, sin críticas, sin decirle palabras que la pudieran herir. En la insensibilidad —¿debiera decir estupidez?— de Elena creía hallar esa alianza; cuando se daba cuenta de la realidad —aunque no estoy muy segura de esto— se conformaba tal vez dispuesta a reconocer que Elena actuaba por los mismos motivos que ella. Le ofrecía su perdón una y otra vez sin decirle lo que pensaba. Sé que sufría intensamente.

Elena había accedido a acompañarla durante esas vacaciones. Yo deseaba saber por qué me había invitado. La miré y me sonrió. En aquel momento terminaba de ponerse las medias. Se acercó.

—¿Por qué, Ana, por qué?

Me habría gustado hacerle la misma pregunta, pero su rostro estaba más alterado que de costumbre.

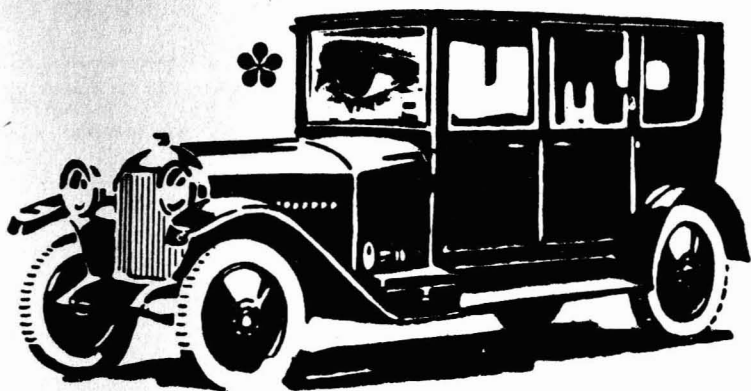
—Estaría encantada de ir, Nadia.

—No te creo.

—Son tantos los asuntos que tendría que arreglar para poder salir...

Me miró, dudando. Ni ella ni nadie podía convencerme de que no era importante trabajar con el doctor Kerr. Además,





el tiempo libre había de dedicarlo, por fuerza, a preparar mis clases. Agregué.

—¡Es un mes completo!

—Sí —exclamó, dichosa. Para ella era poco tiempo. —Imagínate: un mes sin imbéciles a tu alrededor.

—¿Cómo lograste convencer a Elena?

Creí notar tristeza en su rostro, pero pensé que estaba cansada.

—Al principio no le gustaba la idea. Iremos a casa de mi tía. Vive junto al mar: eso es lo importante. Mi tía es una anciana que no se mete con nadie. No se dará cuenta de nada. Se duerme a las seis de la tarde y jamás se ha interesado por saber quién me acompaña. A veces me platica cosas de mi madre; eso es todo.

La ropa de playa estaba extendida sobre la cama. Un veliz abierto indicaba que mi amiga no tenía prisa. La imaginé de pie, ante el ropero, escogiendo los vestidos adecuados para las vacaciones, relacionando los colores y las telas con la figura de Elena; y a ésta podía adivinarla a su lado, compartiendo, según ella, su dicha, en la playa o en los bosques cercanos, acompañándose la una a la otra, como dos hermanas, dispuestas a vivir cualquier aventura agradable la cual olvidarían al regresar a la ciudad, al instituto, a las horas de estudio que para ellas eran fatigosas e inútiles. Podía darme cuenta de toda aquella felicidad sin sentir envidia. Sólo me preocupaba que Nadia no descubriera aquel gozo que yo experimentaba por su causa. Al mirarla arreglar con tanto interés el equipaje, me pregunté si en el fondo realmente querría que las acompañara.

—¿Cómo puedes preferir quedarte? ¿Qué harás todo el tiempo?

—Trabajar, trabajar.

—¿Cómo van las cosas con el profesor Kerr?

—Bien.

—¿Te ha escrito Sebastián?

—Sí. Ahora está en París.

Me buscó con la mirada.

—¿Lo amarás igual cuando regrese?

Me gustaba que Nadia, aun sin desearlo, sin darse cuenta, pensara en mis cosas.

—¿Me escribirás desde la playa? —pregunté.

—Sería mejor si vinieras con nosotras.

Iba a ser muy difícil que dejara de entretener a Elena para escribirme. Estuve a punto de pedirle que no insistiera, pero no lo hice porque no hubiera podido evitar preguntarle qué cosas había en el fondo de su corazón.

—Ven un par de semanas.

—No puedo, Nadia.

Por la forma en que me miró comprendí que no era mi compañía la que deseaba, sino algo mucho más importante, tan importante como una tabla de salvación. ¿Qué la inquietaba? Detrás de sus súplicas había una extraña, incontenible angustia. Comencé a sentirme preocupada y molesta a la vez. Habría

dado cualquier cosa por permanecer al margen de sus problemas. Nadia apretaba la boca hasta desfigurarse el rostro; estaba a punto de contármelo todo. Me acerqué a la cama y aparentando naturalidad comencé a ayudarla a guardar la ropa en el veliz.

—No sabes cuánto bien me haría ir con ustedes, créeme, pero me interesa mucho lo que estoy haciendo. Estaré ocupada todo el tiempo. Ni siquiera sé a qué horas podré escribirle a Sebastián.

Se apoderó de mis últimas palabras para desprenderse de eso que llevaba dentro y que yo no lograba comprender por completo.

—No lo pierdas, Ana. No te das cuenta de lo que posees en él.

Con gusto le habría dicho, al mirarla en aquel estado, que ella misma le escribiese a Sebastián. No me hubiera importado. En lugar de ello exclamé, sin poderlo evitar:

—¡Algo te sucede, Nadia! Dímelo.

Pero dejó de arreglar su veliz y salió del cuarto apresuradamente. Su casa, a pesar de ser más grande que la mía, tenía un solo cuarto de baño, al final de un largo corredor. Hacia allá fue. Pude escuchar cómo cerraba la puerta y corría el pasador. Supuse que lloraba. Casi sin poner atención, terminé de acomodar la ropa en el veliz, suponiendo que regresaría en seguida, ya repuesta, pero transcurrieron diez minutos sin que nada sucediera. Estaba a punto de marcharme cuando llegó Elena. Había dejado su equipaje en la planta baja. Me preguntó por Nadia, sorprendida al verme allí.

—¡Lámala, avísale que has llegado —le dije—. Está en el baño.

Elena salió del cuarto y escuché sus pasos apresurados. Después oí sus voces y unos instantes más tarde llegaron las dos, cogidas de la mano. Nadia, complacida. Elena, indiferente, esperando que yo, de una u otra manera explicara mi visita.

—Puedo acompañarlas a la estación.

—Nos llevará mi padre en el automóvil —se apresuró a contestarme Nadia. Para entonces reunía su equipaje: dos velices, uno pequeño y el que yo había terminado de arreglar, el abrigo que llevaría puesto durante el trayecto y un pequeño bolso del cual salía a medias una mascada de seda blanca. Elena llevaba puesta una boina que la hacía más joven y atractiva.

Aún permanecimos algunos minutos hablando del instituto. Elena también me preguntó por mi trabajo con el doctor Kerr. Después, bajamos a la estancia, en donde el padre de Nadia nos esperaba. Me despedí deseándoles buen viaje, siempre con la sensación de que Nadia iba a revelarme las causas de su extraña conducta; pero no dijo nada. Sin mirar a Elena le pedí que me escribiera, temiendo que se creara una situación aún más tensa. Las dos tenían prisa. Esperé a que subieran en el automóvil. El padre de Nadia parecía molesto por verse obligado a llevarlas hasta la estación. El ferrocarril salía en media hora. Cuando se alejaban, Nadia sacó la cabeza por la ventanilla y me gritó que no dejara de escribirle a Sebastián.

